ÉPOCA IV — BARCELONA 29 DE MARZO DE 1916 — NÚMERO 296

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

LOS PRESOS POR CUESTIONES SOCIALES

Es la eterna cuestión. La campaña en pro de los presos por cuestiones sociales, mientras padezcamos gobiernos que a su ineptitud unen su odio a los trabajadores no resignados, ha de ser forzosamente permanente. Y ha de serlo en tanto no seamos capaces de un bello gesto que imponga a las autoridades el respeto a que son acreedores los productores.

A pesar de las campañas realizadas con este objeto, nunca ha podido conseguirse un resultado satisfactorio. No es que hayan sido estériles las campañas; pero lo conseguido ha sido tan mezquino que ha ocurrido siempre que lo que se ha querido conceder como gracia ha resultado un escarnio.

El anhelo por la libertad de los presos por cuestiones sociales se ha demostrado que es general. En las últimas huelgas de Valencia, La Unión, Logroño, Barcelona y otras localidades, en las peticiones de los huelguistas figuraba la libertad de los presos y es seguro que este punto nadie ha pensado en abandonarlo.

Es preciso, pues, continuar de nuevo esta campaña, que ya han iniciado en Barcelona los grupos «Idea y Acción» y «Juventud Acrata» y que a ella se le de toda la importancia y extensión posible, para que no se repita la burla cruel que se dió con la última amnistía, en la que después de la aclaración del ministro de Gracia y Justicia en el sentido de que para los efectos de la aplicación de la misma, debieran considerarse como delitos sociales los de carácter común cometidos con ocasión de luchas obreras, al ser reclamada la libertad de los compañeros con derecho a ella, los fiscales de las audiencias emitieron informe en contra, fundándose en argumentos de leguleyo.

Al ser aceptados estos argumentos que desvirtuaban por completo la circular del ministro, quedó plenamente demostrado que en dicha circular no había sinceridad, por cuanto continúan pudriéndose en los presidios compañeros que con arreglo a la última amnistía debieran estar en libertad.

Hágase la campaña con decisión, aprovechando la enseñanza de los engaños de que hemos sido víctimas. Pongamos toda nuestra fuerza, todas nuestras energías, y poniéndonos en relación los trabajadores de todas las regiones hagamos obra positiva que sea capaz de obligar a que sean abiertas las puertas de las cárceles y presidios en que injustamente están encerrados trabajadores que no han delinquido, pues no es, ni puede ser delito, el deseo de emancipación y mucho menos el de querer aminorar la miseria que padecen los productores.

La libertad de los presos por cuestiones sociales debe ser para nosotros la cuestión primordial. Nos obliga a ello el más elevado principio de solidaridad, de justicia y de compañerismo.

Los camaradas presos no pueden ser olvidados por nosotros, y ya que no podamos atender debidamente a ellos ni a sus familias durante su cautiverio, por lo menos laboremos por su libertad.

Confiamos en que los grupos iniciadores de la campaña sabrán continuarla con entereza y que todo el elemento obrero responderá al llamamiento que hacen en otro lugar de este periódico.

Adelante, pues, y cuenten para todo con las columnas de TIERRA Y LIBERTAD.

El sufragio universal

El principio del sufragio universal parece ciertamente inatacable. Es la única herramienta gubernamental de una lógica absoluta.

Imaginaos una nación en que todos los ciudadanos son igualmente sabios e instruidos. Se reunen cada tres o cuatro años, delegan el poder a quellos que consideran más capaces de ejercerle. Nada tan claro en teoría, nada tan humanamente justo.

Pero lo enojoso es que la teoría se falsea en cuanto se pasa a su aplicación.

Un pueblo no es una adición de cifras equivalentes. Así, pues, dando el mismo valor a cada ciudadano, se introducen en el total enormes causas de error que vician la operación.

En una palabra, desde el momento en que los hombres intervienen con sus locuras y sus enfermedades, la lógica matemática del sufragio universal queda destruída, no restando de ella más que una abominable confusión. Ya no es ciencia, es empirismo, y del más turbio, del más peligroso.

He ahí por qué todos los espíritus científicos de este siglo se han mostrado llenos de vacilación y desconfianza ante el sufragio universal.

Hablo de nuestros filósofos, de nuestros sabios, de los que proceden por la observación y experimentación.

Rechazan lo absoluto, estudian al hombre fuera de los dogmas, y juzgan que la igualdad fisiológica no existe, que un hombre no vale lo que otro, que hay una eliminación continua y necesaria de casi toda una mitad de la humanidad. De tal modo, que el sufragio universal no es ya una realidad basada en lo real, sino que se torna un idealismo basado en la concepción religiosa de una igualdad de las almas.

Nuestros terribles intransigentes, nuestros ateos, ¿no sospechan que son simples católicos cuando llaman al escrutinio aun a los idiotas?

Véase Littré, véase Taine, véase Renán, véanse las obras de todos los que intentaran la aplicación de la fórmula moderna de nuestras ciencias a la política: retroceden ante la idea de poner otra vez el gobierno en manos de la nación entera, porque los elementos no les parecen bastante determinados; porque la observación y la experiencia han mostrado las desigualdades que el trabajo de selección produce en cada pueblo, porque, en fin, se niegan a lanzarse en un empirismo que va derechamente al charlatanismo de los medianos y los ambiciosos.

He aquí lo que es necesario establecer con claridad:

El sufragio universal no tiene todavía nada de científico, es puramente empírico. Con la masa considerable de nuestros electores ignorantes; con los vergonzosos tráficos con la granujería de unos y estupidez de otros, no se puede saber lo que saldrá del escrutinio. El total de la operación es falsificado, y nunca se obtendrá el verdadero, porque es la verdad. Los candidatos que merecen ser elegidos, se ven obligados a descender a las mismas maniobras que los candidatos que ninguna razón tienen para serlo. En una palabra, el soberbio principio de la soberanía del pueblo desaparece, no queda de él más que el sucio manejo de un montón de tunantes que se valen del sufragio para repartirse el país, como se hace uso de un cuchicho para trinchar un pollo.

∴

Y así se explica que los hombres políticos se enfaden al verse obligados a amasar, cocer y comerse las elecciones en tres semanas.

Porque la tarea no es cosa fácil. Se trata para cada uno de conquistar al elector, de inculcarle sus ideas, de embrollarle el cerebro hasta el punto de arrancarle su voto. Esto, en lenguaje político, se llama ilustrarle. Pero, como cada partido y aun cada candidato tiene la pretensión de ilustrar al lector a su manera, os figuraréis la bella confusión que se producirá en la cabeza de éste. Se le lleva aquí, se le lleva allá, y generalmente vota sin saber lo que hace, cediendo a las consideraciones más extrañas del mundo.

La verdad es que, hasta la fecha, el sufragio universal es para quien sabe entenderle. Es asunto de habilidad y de energía.

No hay instrumento que menos se conozca y que más sorpresas cause. Nuestros políticos se sirven de él visiblemente con respeto y con miedo. Lo cual se adivina en las precauciones que toman, en los enormes esfuerzos que hacen cada vez que se verifica el escrutinio. Si al mérito le bastara presentarse, el mérito se presentaría y sería elegido. Pero vemos al mérito más inquieto que a la estupidez, empleando mecanismos formidables, arriesgándose como en un terreno lleno de abismos. Es una lotería en que es necesario trampear. El sufragio universal natural y bonachón, el que no ha pasado por las cacerolas de la política, no existe. No hay más que el sufragio universal cocinado, sofisticado, trabajado como una pasta durante semanas, prometido como un excelente guiso al buen pueblo que carece de pan; y hasta ocurre que, habiéndole puesto al horno un candidato, es su adversario quien se lo come. ¿Por qué? No se sabe. Una farsa.

Antonio Loredo

De un momento a otro esperábamos la fatal noticia. Los compañeros de Logroño nos escribían casi diariamente dándonos cuenta de la gravedad de su estado. Todavía no hacía media hora que habíamos echado la carta al correo para que el compañero Mella diera cuenta al hermano de Loredo de su estado, cuando hemos recibido un telegrama de Logroño.

Sin necesidad de abrirlo hemos adivinado su contenido. Maquinalmente hemos ido desdoblando el papel y... el terrible presentimiento ha quedado confirmado.

«Loredo ha muerto a las 22 del 25».

Uno menos... y de los buenos.

Loredo ha muerto. Ha muerto en la brecha, como luchador. Peleando, como siempre, en favor de los caídos, en plena campaña por los presos de los sucesos de Cenicero. Momentos antes de comenzar un mitin en Navarrete, cayó víctima de un ataque, y con todo aquel cariño de que son capaces los compañeros riojanos; con los cuidados que requería su estado, fué trasladado a Logroño. Pero la enfermedad era mortal. Le tenía minada la existencia y la ciencia fué impotente para salvarle.

¡Loredo ha muerto cuando más falta hacía a la propaganda de nuestros caros ideales! ¡Todos los caracteres enteros nos van siendo arrebatados por la muerte!

Loredo era todo un carácter. Ni siquiera sus necesidades, que fueron muchas y apremiantes, debilitaron su amor por el ideal.

Fué expulsado de la República Argentina, y en España continuó la propaganda. Tomó parte activa en los sucesos de julio de 1909, lo que le valió varios meses de encarcelamiento. Después fué expulsado de España a la que regresó más tarde.

Al marchar le dijo al jefe de policía:

—Ustedes me expulsan, pero yo volveré a España. Y volvió.

Casi ha extendido la propaganda por todas las regiones de España.

Ultimamente dió pruebas de su actividad fundando en Elda el periódico *Guerra Social*, que tan excelente labor hizo por la región alicantina. No había acto de propaganda en Barcelona en el que Loredo no tomara parte.

Aun estando enfermo, tal vez aprovechando un momento en que se creyó con fuerzas, escribió el magnífico artículo «La revolución», que hemos publicado en el número anterior. Fué su último esfuerzo.

Loredo ha muerto en Logroño todavía joven. La anarquía ha perdido uno de sus mejores propagandistas; la revolución un entusiasta paladín; TIERRA Y LIBERTAD un activo colaborador, y nosotros un excelente amigo.

¡Loredo ha muerto! Uno menos... y de los buenos.

¿VAMOS?

I

Corazones audaces, brazos fuertes, mentes lúcidas, quieren la lucha; corazones que sientan los grandes arrebatos del ideal, brazos que tengan fuerza de mazas, mentes que sepan en el negro presente bosquejar las rosadas líneas de un porvenir mejor.

Y piden más: quieren almas grandes, que sobrepongan en aras del mañana todas las rencillas; voluntades heroicas, que salten sin mancharse por encima de todos los fangos...

El momento es solemne, porque se halla preñado de grandes acontecimientos. En momentos como éste, callaros es aceptar; el aislamiento se llama traición. En este instante toda divergencia es conflicto, y todo el que se destaca de la contienda, es un desertor.

El mundo todo se retuerce entre la metralla y el dolor; un diluvio de sangre y fuego cae sobre la humanidad, y las sombras de una noche lúgubre, entenebrecen el camino del futuro. Es el instante de prueba, que depura, como inmenso crisol, los valores morales. Su llamarada ha de reducir a escoria despreciable los falsos diamantes que lucieron un día con pretensiones de inquebrantable dureza. Es la hora fatal, la hora trágica de negra duda, que quiebra la fe en los espíritus débiles, como quiebran los vientos de la tempestad las débiles cañas de los juncos...

II

Compañero: Otra vez estamos solos; otra vez quedamos aislados sobre la roca de nuestros idealismos, en medio de las olas desatadas del océano humano. Como agua recogida en el hueco de la mano, como aire acumulado en frágil pompa de jabón, la muchedumbre se ha esparcido, huyó espantada al grito de sus domadores. Otra vez estamos solos. Pero nos queda, magnífico y excelso, el ensueño, que todo lo espera; nos queda la voluntad, que todo lo crea... ¡Aun es tiempo! Quizás ahora, más que nunca, el surco abonado por el limo de los hombres caídos, dará calor a la prometedora simiente de nuestros anhelos. Quizás nuestra cosecha madure sobre el fango de las fosas.

Hemos salvado, como en la leyenda bíblica, el porvenir de la especie; tenemos, intoxicado por las plagas destructoras, el grano prodigioso de nuestras concepciones; sembradores son los que faltan, de incansables músculos y de pecho que desafíe las rudas intemperies...

¿Eres tú de esos? ¿No temes caer rendido en la jornada? ¿Te alienta la hermosa visión del porvenir radiante de gloria? ¿Eres joven de corazón, ágil de sentidos, firme de convicciones?...

Pues tú eres de los escogidos, de los necesarios. Toma tu cincel y tu martillo; toma tu azada y tu hoz; toma también tu fusil, porque hay pájaros devoradores de simientes buenas, y ven conmigo. ¡Vamos!

P. PALOMERO

Cárcel Celular, Barcelona.

Explotando a Montjuich

El señor don Pedro Corominas, expropagandista anarquista, exabogado, exconcejal, exdiputado a Cortes y ex...travagante en la actualidad, ha creído necesario para el triunfo de su candidatura (no de sus ideales, que quedan relegados a último término) recordarnos que sabe el camino de Montjuich.

Esto ha sido una sorpresa para el rebaño joven que le sigue, puesto que hasta ahora lo ha tenido callado en sus propagandas, como si se sintiera avergonzado, al igual que su hoy consorte Lerroux, de haber pasado la «viruela anarquista».

Efectivamente, el hoy don Pedro Corominas, a consecuencia de su brillante propaganda anarquista, se vió enredado en el tristemente célebre proceso de Montjuich, pero mientras sus compañeros de prisión salieron para los fosos del Castillo maldito a morir gritando ¡viva la Anarquía! unos, y a seguir propagando el redentor ideal otros, el hoy don Pedro Corominas salió para fumarse una buena breva en el Municipio, un acta de concejal después y varias de diputado más tarde.

Como parece que el acta peligra en las próximas elecciones, se ha creído en el caso de sacar el Cristo, y en los mitins de propaganda electoral recuerda a sus oyentes que sabe el camino de Montjuich.

Nosotros creemos que ya de Montjuich sólo conoce el terreno destinado a la próxima Exposición de Industrias Eléctricas, para la que hay dedicados veinte millones. El verdadero camino de Montjuich, el que conduce al castillo donde *se cerraron los ojos a la razón*, sólo lo conocen, y no lo han olvidado, los abnegados, los que si cien vidas tuvieran cien vidas darían en holocausto de los ideales redentores.

Y el señor Corominas no es de esos. Apenas si es capaz de sacrificarse por un acta.

La guerra

La guerra es uno de los más brutales crímenes que la bestialidad humana puede imaginarse. Tiene por ambiente necesario el odio, la venganza, la iniquidad, la bestialidad ancestral y feroz y el crimen. Llena al mundo de huérfanos y de viudas; sacrifica a los hombres en holocausto de los tiranos y verdugos.

Los hombres, por un pedazo de tierra, por estúpido patriotismo, por odio de raza o de patria, se matan y asesinan en guerras fratricidas, hermanos contra hermanos. ¿Hasta cuándo continuarán los hombres destrozándose en esta bestial conflagración?

La guerra es acariciada por los Estados, por los privilegiados, por los ambiciosos y... por los inicuos y malvados. Todos ellos tienen interés en hacer la guerra más fuerte, más feroz, siendo cantada como una gloria por el militarismo. Los tiranos, los gobiernos y dominadores, han inventado unas reglas a las que han dado el nombre de arte militar. A la práctica de esas reglas han atribuído el mejor respeto y glorias distinguidas para hacer matar a los hombres recíprocamente en holocausto de los apetitos repugnantes de los dominadores asesinos.

La guerra deja a las madres sin hijos, a las esposas sin novios, a los hijos sin padres; lleva el luto, el llanto, la miseria y la desesperación a los hogares proletarios; ella ha hecho cometer a los hombres las mayores monstruosidades; les hace insensibles; mata en ellos todos los sentimientos de amor, de dignidad y humanidad y los convierte en salvajes, en asesinos, en imbéciles y en locos.

La guerra, en el tiempo que lleva de existencia (que no es poco) ha devorado millones y millones de vidas humanas; ha extendido la fatalidad, la desesperación, la desolación y la muerte; ha hecho que la humanidad se revuelque en el detritus de su crimen y de su barbarie.

Continúa saqueando ciudades, quemando aldeas, arruinando naciones, incendiándolo todo y arrasándolo todo. Y los hombres continúan matándose en defensa de su patria traicionada, derramando lagos y ríos de sangre; continúan en los belicosos campos de batalla destrozándose como alimañas, bárbara y cruelmente. Montones de cadáveres; hombres que quedan sin brazos y sin piernas y mueren abandonados en medio de un charco de sangre, mientras los hijos, los padres y las novias mueren de dolor, de hambre, de inanición. He ahí lo que se llama defender la patria.

El día que los hombres lleguen a comprender lo estúpido, inhumano y cruel que es matarse en esas luchas fratricidas; el día que los trabajadores condensen sus esfuerzos y luchen compactos y unidos para derrocar a todos los gobiernos, a todos los estados y tiranos de la tierra, ha-